

El cristianismo en los cuentos de Horacio Quiroga.

Pocas veces se ha intentado discutir en profundidad las múltiples influencias de la religión cristiana en la narrativa de Horacio Quiroga. Es probable que esta circunstancia obedezca a dos factores fundamentales. Por una parte, al hecho de que la gran mayoría de los críticos de Quiroga, desde Zum Felde en adelante, han llegado al consenso de que es en sus relatos misioneros donde ha de buscarse lo mejor y más representativo de su arte, y de allí que muchas alusiones al cristianismo, más frecuentes en sus épocas modernistas y decadentistas, hayan quedado en el olvido como manifestaciones todavía no maduras estéticamente. Por otra parte, y principalmente, obedece también al hecho de que algunos de los postulados básicos de la doctrina cristiana, como la bienaventuranza, el amor al prójimo y, sobre todo, la moral del Reino de los Cielos, se encuentran en la antípoda misma de aquellos símbolos con los que todos, inmediatamente, asociamos el nombre de Quiroga, símbolos antes bien cercanos a la tragedia, la agonía con el destino y al mundo hiperrealista de los sentidos. Como sea, el hecho es que a lo largo de toda la obra del escritor, a veces en forma muy solapada, se encuentran una infinidad de referencias al cristianismo sobre las que sería interesante, tal vez, reflexionar más detenidamente. Tal es, precisamente, el espíritu general que anima estas notas, que quieren contribuir a un mejor conocimiento de esa faceta silenciosa e ignorada de quien ha sido considerado “el primer cuentista de la lengua castellana”.

Las primeras grandes referencias al cristianismo en los cuentos de Quiroga, se encuentran en uno de sus relatos juveniles: “Religiosa” (1899). La anécdota que se plantea en esta historia, entorpecida tras innumerables motivos modernistas, es muy simple: un monje, tras largos años de celibato, lucha desenfrenadamente contra el asalto de sus pasiones, pero finalmente acaba cediendo a los demonios de la tentación y se masturba, circunstancia que le ocasiona hondos sentimientos de culpa. Su pecado, el de la “infecundidad” o más precisamente el derramamiento infecundo del “esperma” (elemento de culto en muchas tradiciones y muy especialmente en el Cristianismo), es el mismo pecado en el que incurrió Onán, a quien, según relatan las Escrituras, Dios hizo morir porque, contradiciendo sus indicaciones, no dio descendencia a su cuñada Tamar, sino que también “*derramaba en tierra el semen*”, impidiendo así la progenie (Gén, 38: 6-10). Sin embargo, y más allá de esta anécdota ocasional, “Religiosa” pone también en escena otro problema mucho más cercano al Cristianismo, y que es el conflicto entre la fe y la voluntad de las criaturas de Dios y las tentaciones que lo persuaden a apartarse del Camino. Según es fama, una de las más fuertes pruebas del carácter del héroe de la tragedia cristiana es, precisamente, su capacidad de resistir a las tentaciones, figura que puede rastrearse en muchos pasajes bíblicos, como por el ejemplo, la célebre escena de las tentaciones que Satán hizo a Jesús en el desierto (Mt, 4: 1-11; Lc, 4: 1-13). En cambio, y pese a su temática innegablemente cristiana, “Religiosa” se resuelve en una línea que antes bien parece

heredera de la tragedia clásica, pues el personaje no puede resistir las tentaciones de sus demonios y acaba incurriendo tanto en la culpa como en el castigo, rasgo constante de casi todos los cuentos posteriores de Quiroga, es decir, la agonía del hombre ante el Destino y su impotencia absoluta ante él.

Nuevas referencias al cristianismo se encuentran en otro relato juvenil de Quiroga titulado “Jesucristo” (1901). En este texto, la historia tiene como núcleo una anécdota tomada de las Escrituras: el regreso de Jesús al reino de los vivos, es decir, la venida del Hijo del Hombre, para anunciar la destrucción de Jerusalén y señalar la hora del fin del mundo (Mt, 24: 29-41; Mc, 13: 24-32; Lc, 21: 25-27). En el cuento de Quiroga, Jesús camina otra vez sobre la tierra, y vestido en un yaqué, se pasea elegantemente por las calles de París. Entonces ocurre un extraño incidente. Al llegar a una cierta altura de la Avenida de las Acacias, Jesús divisa una figura que lo deja estupefacto: una enorme cruz de mármol, que reproduce la escena de su Pasión (Mt, 27: 27-50; Mc, 15: 16-40; Lc, 23: 26-46). Jesús, al principio, advierte con dolor aquella flagrante violación del segundo inciso del decálogo de la Antigua Ley: “*No te harás estatua ni imagen alguna de lo que hay arriba, en el cielo, abajo, en la tierra, y en las aguas debajo de la tierra*” (Éx, 20: 4). Luego, le resulta cada vez más increíble que a él, que había tenido vocación de apóstol, que vivió entre pescadores y nazarenas, que explicó la buena nueva y la teoría de los humildes, a quien los hombres llamaron una vez Maestro, que a él, precisamente, sus hermanos sólo lo recordaran por el símbolo de su antigua derrota y del momento más triste de su paso por la tierra. Sin embargo, el cuento de Quiroga se resuelve esta vez con una moralidad decididamente cristiana: Jesús no se enoja con los hombres, sino que sonrío comprensivamente, los perdona, y habiendo comprendido que, al final de cuentas, al menos su sacrificio había servido para redimir y dar esperanzas a los hombres, continúa gallardo su paso, por las soleadas calles de París.

Otras tantas referencia al cristianismo pueden también encontrarse en la serie de relatos “Cuadrivio Laico”, perteneciente al libro *El Salvaje* (1920), y que es una especie de *remake* de textos que Quiroga ya había publicado anteriormente por separado.

El primer relato de la serie, titulado “Navidad” –y que es una versión definitiva de otro texto llamado “Cuento laico de Navidad” (1906)-, es una fábula que Quiroga construyó entorno a la analogía con una de una de las anécdotas más conocidas y polémicas de la historia de Cristo: la traición de Judas, el apóstol que entregó a su Maestro a los ejércitos hebreos a cambio de treinta monedas de plata (Mt, 26: 47-50; Mc, 14: 43-47; Lc, 22: 1-6 y 47-48; Jn, 18: 1-5). En “Navidad”, Quiroga cuenta, metafóricamente, la traición de Salomé, una jovencita de Bethlém que, estando en la disyuntiva de elegir entre o dar a conocer a los soldados romanos el lugar en que ha nacido el niño Jesús o ser culpable de la muerte de todas las criaturas menores de dos años que Herodes había dado órdenes de matar sino encontraban al Mesías (Mt, 2: 16-18), opta por entregar a su Salvador, y entonces confiesa a los soldados romanos: “¡Que el Señor haga de mí lo que quiera! Jesús vive en la huerta de Samuel y es hijo de María de Nazareth”. Acerca de la traición de Salomé, Quiroga, al principio parece tomar una postura bastante radical, poniendo en boca de San Pedro, varón humilde aunque de profunda filosofía, la sentencia de que su pecado fue más injustificable incluso que el de Judas: “Judas no creyó nunca en su Maestro –dice Pedro-, y por esto, al

venderlo, no cometió sino crimen de los hombres. Mas Salomé entregó a su propio Dios que adoraba, esto es, haciendo acto del mayor sacrilegio que puede concebir mente humana”. Sin embargo, con el devenir de la historia, esta se resuelve en una solución que, aunque muy caritativa, parece contradecir explícitamente la letra de las Escrituras: “*Pero Satanás entró en Judas, por sobrenombre Iscariote, que era uno de los Doce*” (Lc, 22:3). En efecto, en el relato de Quiroga, Salomé es perdonada y acogida en el reino de los cielos, no solamente a causa de la gran cantidad de ternura y caridad que habitaba en su alma cuando prefirió sacrificar a su Dios a cambio de la muerte de muchas criaturas inocentes, sino también, y esto es tal vez más importante, porque acaso su propia traición, como la de Judas, no fuera necesariamente una treta de Satán, sino que, por el contrario, podría responder a los secretos designios del Señor, quien, según es fama, opera bajo formas muy misteriosas. Esta misma idea, tal como los lectores de Borges sin duda recordarán, sería retomado más tarde por el escritor argentino en su célebre relato “Tres versiones de Judas” (1944).

En el tercer relato de la serie “Cuadrivio laico”, titulado “La Pasión” - y que es la versión final de otro cuento anterior titulado “Fiesta de corpus en el cielo” (1907)- Quiroga intercala nuevas referencias al cristianismo. En él, se propone una ficción: Cada año, se rememora en el cielo la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y para celebrarlo, las almas de todos aquellos que tuvieron trato con Jesús en la tierra, organizan ese día un glorioso desfile delante de él, bajo un coro de ángeles, entonando *hosannas* a su Tolerancia, Caridad y Bondad, en un verdadero carnaval de personajes tomados del Nuevo Testamento. Pasan así las dos mil criaturas degolladas de Bethlehem, María Magdalena, San Pedro, Caifás, Pilatos, Herodes, Cleofás, Antipas y hasta Judas Iscariote, y todos son, unos tras otro, perdonados por Jesús. Sin embargo, mientras todos celebran así el divino perdón, se presenta una nueva figura que todavía no ha sido perdonada: Ashavero, llamado “el judío errante”, que negó a Jesús un poco de agua con que enjuagar sus labios cuando cargaba la cruz al lugar de su sacrificio. Ashavero solicita a Jesús que lo perdone, alegando que, si bien es cierto que su pecado ha sido duro, otros muchos pecadores peores que él han sido perdonados por la Infinita Compasión. Sin embargo, sus lamentos no conmueven a Jesús, quien, aunque no sin tristeza, no lo perdona y simplemente responde: “Yo no te pedía más que un poco de agua, Ashavero”. Con esta solución, bastante extraña por cierto, Quiroga concluye este relato, de estéril eficacia literaria, pero que versa enteramente sobre un problema clásico de la teología cristiana: la doble naturaleza de Jesús, instaurando un conflicto entre su parte divina, que quisiera perdonar a Ashavero, y su parte humana, que no puede admitir absolucón. Como se dijo, en este relato de Quiroga, Jesús aparece en toda su magnitud como el Hijo del Hombre.

Finalmente, en el cuarto y último relato de la serie “Cuadrivio laico”, titulado “Corpus”, -y que es una reescritura de un texto publicado anteriormente bajo el título de “Historia divina y gramatical” (1908)-, Quiroga involucra nuevas referencias cristianas, al ubicar en un primer plano el tema de la estricta administración de la justicia eclesiástica hacia la fiebre de la Reforma de Calvino. La anécdota principal de este relato es casi risible: un hombre, llamado Conrado Wéber grabó cierta vez una hermosa plancha que representaba la figura de Cristo sentado entre sus discípulos, con la mano derecha en alto en señal de

sabiduría, y al pie de esta grabó también el Padrenuestro. La hoja recorrió la ciudad y fue grandemente admirada, pero llegó finalmente a manos de la Santa Inquisición, que advirtió en la redacción del himno una gran herejía contra la Santa Escritura. ¿Por qué? Wéber había escrito los primeros versos del Padrenuestro así: “Padrenuestro, que estás en los cielos, santificado sea el Tu nombre”, es decir, con la fórmula “que estás en los cielos” encerrada por comas. De esto, el tribunal de la Inquisición deduce la voluntad de Wéber de poner en cuestión la omnipresencia a divina, remarcando innecesariamente que Dios “está en los cielos”, y no en todas partes. Tal enseñanza, dice el tribunal, es un instrumento pernicioso de los designios de Satán, y así Wéber, acusado de corruptor de la fe pública y de hereje –que ya antes había sido castigado con una multa por tomar en vano el nombre de Yavé (Ex, 20: 7; Mt, 5: 33-37)- fue ejecutado a fuego lento en Ginebra “para mayor gloria de Dios”. Sin embargo, y al margen de esta curiosidad narrativa, casi toda la estructura del relato está diseminado de otros muchos datos escalofriantes que giran entorno a la misma idea, es decir, los excesos terribles de los juicios de la Inquisición. Señalemos, de paso, que el tema de los procesos judiciales absurdos o arbitrarios es muy frecuente en los cuentos de Quiroga, pues éste aparece también, por ejemplo, en relatos como “El triple robo de Bellamore” (1903), “El crimen del Otro” (1904), y “Paz” (1921).

Asimismo, otras tantas notorias referencias al cristianismo se encuentran en el relato “Una noche de Edén” (1928). El argumento central de este cuento es la anécdota de un hombre que cierta vez mantiene primero una conversación telefónica y luego recibe la visita de una mujer de seis mil años: Eva, la primera mujer de Adán (los talmudistas dirían que la segunda, luego de Liluth o Lilit) arrojada por Yahvé del Paraíso a causa de su desobediencia, anécdota que es el pilar básico del mito cristiano del Pecado Original (Gn, 3: 1-24). Sin embargo, y contrariamente a lo que podría esperarse, el diálogo con el cristianismo acaba allí, es decir, en la simple referencia a un personaje clásico de la tragedia cristiana, que Quiroga trae a colación únicamente para poner en su boca una curiosa disertación acerca de los trajes. Contra la tesis del narrador de este relato, quien sostiene que el arte, totalmente estacionado en el hombre luego de varias etapas, había proseguido su marcha ascendente de emociones en la indumentaria de la mujer, Eva, en cambio, afirma que no es posible hablar al presente en modo alguno de “progreso” en el adorno de la mujer, y que incluso se ha retrocedido en la materia, pues hoy “las mujeres bien vestidas llevan, exactamente como en las edades salvajes, plumas en la cabeza, pieles en los hombros, piedras en el cuello, flores en la cabeza y grandes plumas en la mano”. Dice además Eva: “El valor de una piel sedosa está en la fatiga que ha costado el obtenerla. El amante primitivo que a costa de su sangre conquistó al animal mismo la piel para adornar con ella a su amada, consagró con ese precio el alto valor del adorno. Es bella la piel en los hombros de una muchacha porque el hombre se desangró por conseguírsela. Éste es su valor, como el de una obra de arte cualquiera, que para ser tal debe dejar exhausto un corazón”, mientras que “Hoy no es la muchacha más amada la que luce la piel, sino aquella cuyo padre tiene más dinero”. La historia, por supuesto, amén de este ribete típicamente quiroguiano, incluye otros elementos, pero parecería que todos no son sino ingredientes de esta disertación sobre los trajes, que es lo fundamental, y que recuerda lejanamente el estilo del escritor inglés Thomas Carlyle, en su libro *Sartor Resartus*..

Pero además de todos estos ejemplos calificados que apuntamos, en que la huella cristiana es ostensible, existen otros tantos relatos en que las referencias cristianas se presentan ocultos bajo formas simbólicas y metafóricas, lo cual es, según lo sentenció Jesús, un procedimiento típico de la escritura cristiana, que también esconde sus mensajes en clave: “*Por eso les hablo en parábolas, porque miran, y no ven; oyen, pero no escuchan ni entienden. En ellos se verifica la profecía de Isaías: Por más que oigan no entenderán, y por más que miren no verán*” (Mt, 13: 13-15)

Tal es el caso, para citar solamente un ejemplo, del relato “El regreso de Anaconda”, del libro *Los desterrados* (1926). La anécdota de este cuento, en principio, parece muy simple: los animales, desplazados a un mísero rincón de la jungla por los hombres, deciden un día, alentadas por la serpiente Anaconda, recuperar el terreno perdido, y planean entre todos la reconquista del río. Sin embargo, a poco de comenzar a escudriñar con mayor atención, el lector comienza a descubrir que toda la estructura del relato está diseminada de motivos cristianos. De hecho, su argumento principal, parece una metáfora de una anécdota clásica del Antiguo Testamento: la salida del pueblo hebreo de Egipto, alentados por Moisés, profeta del Señor, y su viaje a través del desierto hacia la Tierra Prometida (Ex, 12: 37-42). Pero las referencias cristianas no acaban allí. También el personaje principal del relato, la serpiente Anaconda, parece encarnar a la perfección la figura santa del héroe de la tragedia cristiana. De hecho, cuando planeó la reconquista del río, Anaconda “acababa de cumplir treinta años”, como Jesús, y el texto dice también que ella, “predicando la cruzada a lo largo de riachos y fuentes fluviales”, es un símil de Pedro el Ermitaño (1050-1115), el monje francés que predicó la Primera Cruzada, con la célebre frase en sus labios: “¡Dios así lo quiere!”. Pero además, también la imagen del diluvio en el relato, recuerda otro incidente clásico del Antiguo Testamento: la historia del Arca de Noé (Gen, 6-8). En el cuento, por ejemplo, los animales aguardan expectantes a los tucanes que han ido a buscar noticias de la lluvia, igual que Noé, en su Arca de animales, esperaba el regreso de la paloma que había enviado para saber si las aguas cubrían totalmente la superficie de la tierra (Gen, 8: 6-12). Sin embargo, “El regreso de Anaconda” no es el único relato de Quiroga en que aparecen codificados algunos motivos cristianos. Sirva de postrer ejemplo el relato “Las medias de los flamencos”, del libro *Cuentos de la selva para los niños* (1918), en que también la crítica ha querido advertir huellas cristianas codificadas en experimentos análogos de escritura enigmática.